

El saber ancestral sobre el paisaje: toponimia mazahua del Barrio de Talpujahulla, Ixtlahuaca, México.

Miguel Reyes Contreras
Universidad de Ixtlahuaca CUI, México
<https://orcid.org/0000-0003-3816-9189>
reyescontramiguel@gmail.com

Resumen: El mazahua es una lengua originaria del centro de México hablada por más de 200.000 personas y el municipio de Ixtlahuaca es uno de los cinco con mayor número de hablantes. El presente texto rescata una parte de la memoria histórica de una comunidad del municipio de Ixtlahuaca a partir de las referencias geográficas en torno a los topónimos en lengua mazahua. En primer lugar, se enlistan algunos trabajos sobre el estudio de la toponimia indígena en México y en el mundo. A continuación, se presenta el análisis de 64 topónimos recopilados en una sección de la comunidad de Santa Ana Ixtlahuaca. Mediante trabajo etnográfico, se recopilan los significados, se transcriben y se analizan morfológicamente para presentar el retrato de la comunidad donde se puede ver brevemente la forma de nombrar el entorno entre los mazahuas.

Palabras clave: onomástica, toponimia mazahua, Ixtlahuaca, memoria histórica

Abstract: Mazahua is an indigenous language spoken in central Mexico by over 200 000 people. The municipality of Ixtlahuaca is one of the 5 with the biggest number of speakers. This paper collects a part of the historic memory in a small village from Ixtlahuaca parting from the geographic references surrounding toponyms in Mazahua. Firstly, a list of papers related to indigenous toponyms is presented. After that, there is the analysis of 64 toponyms collected in a section of Santa Ana Ixtlahuaca. Through ethnographic work, meaning are collected and transcribed so they can be analyzed morphologically to finally present a sort of village portrait which outlines a brief understanding of place naming in Mazahua.

Palabras clave: onomastics, Mazahuan toponymy, Ixtlahuaca, historical memory

Presentación

El estudio de la toponimia constituye uno de los campos más sólidos para conocer el pensamiento, así como la memoria histórica de los pueblos. Aunque el concepto de toponimia es un concepto moderno que se refiere al estudio del origen y significado de los nombres de lugar o topónimos, desde la antigüedad remota, los grupos humanos han denominado los espacios donde habitan. Si atendemos el origen y significado desde la cosmovisión indígena, el lugar adquiere una relación estrecha con su nombre y con el grupo social con el que está relacionado, así como con los rasgos del paisaje. Esta relación es la que se presenta en las siguientes páginas empezando por una revisión de los trabajos en torno a la toponimia en lenguas indígenas, para pasar a la descripción de la

metodología y clasificar los lugares de acuerdo con una taxonomía propuesta por Dick (1990).

Estudios sobre toponimia en lenguas indígenas

El presente texto no pretende ser exhaustivo en la revisión de la literatura, sino dejar evidencia del interés y la necesidad de estudiar la riqueza de la toponimia en lenguas originarias, por lo cual se expondrán algunos de los materiales bibliográficos acerca de nombres de lugares en lenguas indígenas, primero a nivel internacional y luego los realizados en México.

Tras los procesos de colonización en América, Oceanía y África, los colonizadores borraron los nombres de lugares en las zonas conquistadas, impusieron muchos y algunos permanecen y has sido objeto de estudio para conocer aspectos lingüísticos y culturales en tor no a estos. Entre los estudios hallados está el de Vertenber (1906), cuyo énfasis es tanto la ubicación como los significados Stewart (1945/1972, 1975) recupera los orígenes de los nombres de lugares en algunas zonas de los Estados Unidos cuyos orígenes se encuentran en las decenas de lenguas indígenas habladas en el territorio durante la colonización. En su obra de 1945, en especial el capítulo II “Of the naming that was before history”, Stewart discute la forma en que los grupos aborígenes daban nombre a los lugares que habitaron. Entre otros de los estudios de este tipo destacan el de Pearce (1951) sobre los nombres de lugares en lenguas indígenas (*Tewa, Diné*, etc.) de Nuevo México. Robert Julyan (1998) estudia y recopila casi 5000 nombres de lugares habitados, corrientes de agua y relieves geográficos de Nuevo México y averigua los orígenes de éstos a través de registros históricos, etimología indígena y etimología popular en algunos casos. Peplinski (2014) hace lo propio en la zona ártica donde estudia la actualidad de nombres en la lengua *inuit* (popularmente conocida como esquimal).

En el continente africano destaca el trabajo de Sambulo Ndlovu, quien se ocupa de lenguas minoritarias como el *ndebele* y el *xhosa* de Zimbabue. En 2013, el autor afirma, tras un análisis sonoro y morfológico, que los topónimos en la lengua *ndebele* constituyen un “repositorio de experiencias pasadas”, por lo que es innegable su relación con la historia del entorno *ndebele*. En Ndlovu (2017) se presenta un análisis de las actitudes de los hablantes de *shona* y *ndebele* respecto de los nombres de lugares transfonologizados en cada una de estas lenguas. El autor concluye en la existencia del insulto étnico respecto de estos nombres, un concepto que conocido como etnofaulismo, expresiones peyorativas de carácter colectivo, acuñado por Roback en 1944 (AEDO Y FARÍAS, 2009: 374). Tent (2017, 2018) ha estudiado profusamente topónimos en algunas de las lenguas aborígenes de Australia. En 2017, realiza una recopilación documental de nombres de lugares en lenguas indígenas en Australia, Nueva Zelanda y Fiji y en 2018 estudia el sistema toponímico aborígen de Australia, destacando 12 principales diferencias respecto al sistema europeo.

Si nos centramos en las investigaciones sobre topónimos en México, podemos encontrar escasa información. Considerando que en México se hablan 68 lenguas indígenas, apenas 9 de ellas son abordadas por los investigadores. La lengua náhuatl es la lengua más hablada en el país con aproximado de 1.5 millones de hablantes y, por consecuencia, los trabajos sobre toponimia en esta lengua son los más abundantes. Por ejemplo, Anaya monroy (1960) recupera, a partir de la etimología, los elementos espirituales presentes en la toponimia mexicana y en su texto, además, incluye un repertorio de trabajos sobre toponimia en lenguas indígenas en varias regiones del país. La tesis en historia *La toponimia indígena en la historia y la cultura de Tlaxcala* se centra en el estudio de la toponimia de Tlaxcala y presenta “un catálogo de nombres indígenas de lugar de acuerdo con la división municipal...” (ANAYA MONROY, 1963: 5).

Almaguer Cervantes (2009) explica el legado de esta lengua en muchos de los topónimos que se usan actualmente en la Ciudad de México; Castillo y Olivares (2018) analizan el paisaje generado de manera no oficial en una serie de calles (hodónimos) en la zona de Cuentepec, Morelos y López Roque y Van't Hooft (2019) exploran, a partir de la etnografía, la forma en la que los habitantes de un espacio geográfico perciben su territorio, un aspecto de estudio del paisaje al que han denominado “etnoterritorialidad”.

Respecto de la lengua otomí, Brambila Paz (2001) estudia la formación del nombre de Jilotepec y afirma que los topónimos son descriptivos, dan una idea de cómo es el sitio, reflejan la cosmovisión o se refieren a un hecho histórico. Lastra García (2008) revisa documentos coloniales como el *Códice Huichapan* y las *Relaciones de Querétaro* y otros documentos de donde recopila los nombres en otomí de rancherías y espacios habitados en los estados de Querétaro, México, Tlaxcala, Guanajuato, Puebla, Hidalgo y Veracruz. Vázquez Miranda (2016), por su parte, recorre la zona de San Ildefonso Tultepec, Amealco, Querétaro para documentar la toponimia hñöhño (otomí) de esta región. Recopila y analiza 75 nombres de lugares no registrados oficialmente. En su clasificación encuentra que los fitotopónimos son los más abundantes y da cuenta de la relación del pueblo otomí con el ambiente. Garduño Flores (2018) se ocupan de analizar microtopónimos respecto del entorno geográfico circundante en una comunidad otomí del centro de México, además propone una hipótesis sobre el prefijo *ka* como topoformante (a partir de la propuesta de Bölcskei, 2014) en esta lengua. Romualdo Cruz (2017) analiza aspectos morfofonológicos en la formación de los topónimos del municipio de Aculco de Espinosa, Estado de México.

Con respecto a la lengua mazahua, Knapp (2010) aborda juntos el náhuatl, el otomí y el mazahua y realiza un estudio comparativo de los calcos toponímicos en estas tres lenguas destacando las semejanzas entre ellos. Lo que se puede destacar de este

trabajo es la similitud entre las motivaciones para nombrar el espacio geográfico. Rivera Sánchez (2020), mediante entrevistas a los habitantes y recorrido por la comunidad, recopila los microtopónimos en lengua mazahua de San Agustín Mextepec, San Felipe del Progreso, México; López González y Romero Hernández (2019) se centran en conocer los procesos morfológicos que sufren los topónimos, en especial como préstamos español-mazahua, en la comunidad de Pastores, Temascalcingo, México.

Otras lenguas minoritarias también han sido exploradas en torno a la toponimia como el análisis morfológico de los topónimos en huichol, una lengua hablada en el norte de Jalisco y el oriente de Nayarit, por González y Anguiano (1989). Casad (1989) presenta un trabajo sobre la lengua cora del estado de Nayarit. Se trata de “un análisis preliminar de palabras y frases que se utilizan en el cora para nombrar las localidades que se encuentran esparcidas por toda la zona noreste del estado de Nayarit”; los topónimos son clasificados en 5 grupos: derivados de la flora y la fauna, de partes del cuerpo, de rasgos geográficos, del universo mitológico y de grupos sociales. En la lengua tlahuica (Pjiekakjo), Muntzel (2009) recupera una serie de topónimos del municipio de Ocuilan, Estado de México y los clasifica a partir de una nomenclatura propuesta por Leonardo Manrique (Características del lugar, vida no humanas, características humanas, actividades humanas asociadas con el lugar, alusiones a la mitología y numerales). Los topónimos en zapoteco son estudiados a partir de dos posturas: la estructura lingüística y la información histórica que inherentemente conllevan (BEAM DE AZCONA, s/f). Los topónimos en la lengua matlatzinca (*B'otuna*) son analizados en el trabajo de Martínez Molina (2018), el cual es una primicia en el uso del localizador GPS para marcar con exactitud la longitud y latitud de cada microtopónimo. A través de un trabajo exhaustivo de campo, recorre la comunidad de San Francisco Oxtotilpan, Temascaltepec para geolocalizar las coordenadas de cada uno. El *ralámuli* o tarahumara también ha sido

objeto de estudio en el trabajo de Moreno Pineda (2018) cuyo análisis se fundamenta en la etnosemántica.

Sobre toponimia

A los nombres de los lugares se les conoce como toponimias o topónimos, en ocasiones, en un sentido amplio o en otras para lugares habitados (INTERNATIONAL COUNCIL OF ONOMASTIC SCIENCES, 2020) y para cada nombre debe haber una razón, es decir, no se asignan al azar puesto que tienen un origen lingüístico y un significado, pero, sobre todo, un trasfondo de relación simbiótica con el ambiente. Los nombres de lugares son esenciales para conocer el saber de las comunidades y la información que se ve en el fondo ayuda a la identificación de las características representadas, es decir, son una especie de fotografía lingüística e histórica del terreno. Sin embargo, considero que, desde la perspectiva indígena, se trata de una visión parcial del concepto puesto que no solo hay un origen lingüístico, sino también una estrecha relación de hermandad entre la persona y la tierra bautizada con esos nombre de lugar pues, retomando la idea de Brambila Paz (2001: 35), estos constituyen

una riquísima fuente de información, pues denotan hechos culturales en la apropiación de un ámbito natural [ya que] son descriptivos y dan una idea de cómo es el sitio que nombran, que plasman algún aspecto de la cosmovisión o hacen referencia a un hecho histórico del lugar.

Lo anterior explica por qué lugares como *be-sitha* significa “donde hay hierba” (Muntzel, 2009: 195), Xilotepec, “en el cerro del maíz tierno” o Mabati, “llano grande”. Las comunidades indígenas tienen un saber propio acerca de la toponimia, pues consideran que el hecho de que cada lugar tenga su propio nombre nos ayuda a saber andar sobre nuestros pueblos, porque si no existieran las toponimias no sabríamos identificar los límites de un lugar a otro, ni mucho menos sabríamos como se llama el lugar donde vivimos (1). Y eso implicaría dificultades para dar direcciones o simplemente cuando queramos llegar a un lugar, si no tenemos el nombre del lugar nadie sabría

explicarnos como llegar y tal vez ni llegaríamos a donde queremos ir, para ellos es importante porque “si te preguntan dónde vive alguien es más fácil decir donde es. Los nombres ya estaban desde que yo me acuerdo, pero creo que es para decir cómo era antes” (2).

Los pobladores de un lugar son quienes suelen decidir el nombre que dan a su asentamiento y a los accidentes geográficos más próximos a su hábitat. Pero, a diferencia de la visión moderna de la asignación de nombres de lugares, no puede referirse a una posesión como se observa en casos como “Villa de Allende”, “Rancho de los Martínez”, “Colonia Lázaro Cárdenas, “Río Grijalva”. Los habitantes de la comunidad no hablan de posesión de un lugar, puesto que hay en el fondo una idea ancestral de que la tierra no nos pertenece. Tent (2018: 8) considera que, de acuerdo con la región, los topónimos pueden o no ser analizables y se clasificarían en descriptivos o indirectamente descriptivos y con frecuencia no conocemos la información relacionada a este.

Los nombres indígenas, sin embargo, son descriptivos pues reflejan las características del entorno y es, por consiguiente, una manera de conocer cómo era la comunidad en el momento de nombrarse. Stewart (1945: 6) afirma que: “the first simple names were like sign-posts (sic), noting something permanent and easily recognized, something to distinguish one place from other places -size, or shape, or color, or the kind of rocks or trees found there¹”. Se puede trazar historia y, con ello, responder a interrogantes como el significado original del lugar, la lengua de la que proviene, la época de creación, entre otras, también se puede analizar la morfología lingüística y la geomorfología.

¹ Los primeros nombres simples eran como señalizaciones, destacando algo permanente y fácilmente reconocido, algo para distinguir un lugar de otros -tamaño, o forma, color, o el tipo de rocas o hábiles hallados en el lugar

Método para recolectar los topónimos

Santa Ana Ixtlahuaca, también llamada Santa Ana Ixtlahuacingo es una de las 64 localidades del municipio mazahua de Ixtlahuaca. Se ubica al norte del Estado de México a 98 km de la Ciudad de México. Figura en la lista de los pueblos más poblados de todo el municipio, como el número 7 del rankin pues cuenta con 4,385 habitantes². El poblado ocupa una superficie de alrededor de 1200 hectáreas³, divididos en tres barrios o manzanas: la manzana 1, la manzana 2 y la manzana 3, conocida también como Barrio de Tlalpujahuilla.

El poblado se encuentra a 2,658 msnm de altitud. Limita al norte con San Isidro Boxipé, al oriente con Santa Ana la Ladera y San Ignacio del Pedregal, al sur con San Andrés del Pedregal, La Guadalupana y el Barrio de Xira. Al poniente limita con el ejido de Cote y San Pedro El Alto. La figura 1 muestra el área que comprende el recorrido de campo hacia dos puntos altos para tener una perspectiva de la región.

La metodología consta de tres fases. La primera es una entrevista cualitativa, la segunda es el recorrido de campo y la tercera, el análisis morfológico de los nombres.

La entrevista consta de preguntas referentes a los parajes nombrados en el barrio de Tlalpujahuilla. Las preguntas se dirigen a conocer cómo se llaman los lugares, qué significan, los motivos de los nombres y datos sobre la delimitación de los espacios nombrados. Las entrevistadas son personas del barrio, fueron seis los informantes, sin embargo, dos de ellas son quienes aportaron la mayoría de los datos, puesto que colaboraron en la entrevista, así como en el recorrido y la grabación en audio de los nombres.

² <https://mexico.pueblosamerica.com/i/santa-ana-ixtlahuaca-sta-ana-ixtlahuacingo/>

³ Datos proporcionados por Rosalío Sánchez, representante ante el gobierno municipal en entrevista.

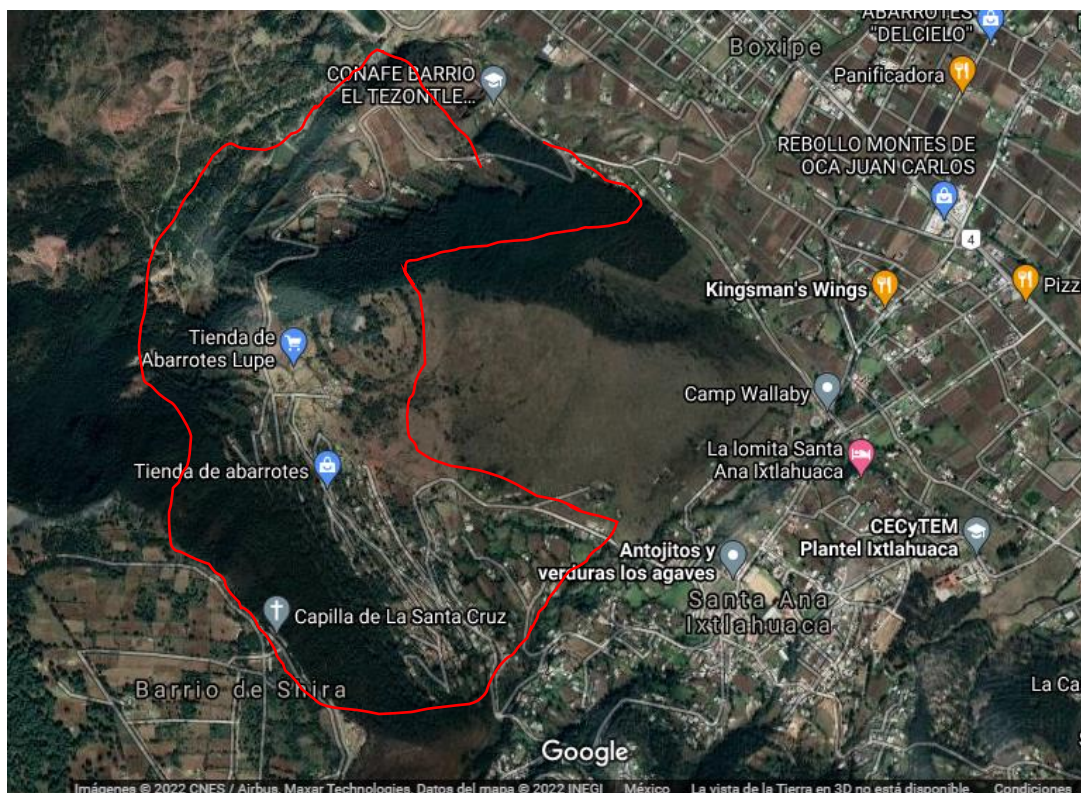


Fig. 1. Delimitación de la zona de trabajo: Barrio de Tlapujahuilla (Google maps, 2022).

El tipo de investigación de campo es de tipo participante natural (Baena, 2017:21) puesto que el investigador es originario de la comunidad y se trató de un recorrido a pie hacia dos de los parajes más altos del Barrio de Tlapujahuilla (figura 1). Durante la caminata se grabaron las explicaciones en audio, mientras se tomaban notas para marcar posteriormente los datos en mapas satelitales.

Los informantes son seis personas originarias de la comunidad que han vivido toda su vida en este lugar. En la entrevista se registraron 65 nombres son en lengua mazahua y su interpretación, lo que corresponde a la tercera fase es el análisis morfológico derivado de la transcripción de los nombres. Cada unidad léxica fue revisada y transcrita por un profesor de lengua mazahua de la Universidad Intercultural del Estado de México, quien también da fe de la traducción al español de los topónimos.

Clasificación de topónimos en Tlapujahuilla

Entre la gente de la comunidad la forma de nombrar obedece al saber ancestral. Hay pocos lugares que recuerdan cómo han sido antes del nombre, pero saben que están ahí por una razón y que tienen una función muy particular: la de guiar. Un repaso por estos nombres nos revela la morfología del terreno y la biodiversidad de la comunidad que, en la actualidad casi se ha desvanecido. Stewart (1975: 369) reflexiona sobre la utilidad del estudio del topónimo como fuente de saber ancestral, pues una vez que el nombre se ha consolidado, se convierte en herencia lingüística para las generaciones venideras. Este es el mismo motivo que sigue este trabajo. A continuación, se presentan los nombres de lugares del barrio de Tlapujahuilla comenzando con los nombres que revelan la biodiversidad, algunos sucesos históricos y sobre la vegetación. Los 65 nombres se han clasificado siguiendo criterios como la relación con la fauna, con la flora y el relieve geográfico (fitotopónimos, zootopónimos, geomorfotopónimos, según Dick, 1990) y la referencia a algún hecho histórico.

Zootopónimos

En primer lugar, se encuentra la relación con la fauna. En esta clasificación nombres de lugares aparecen solo 5 casos: *Ñims'ur* “cabeza de pájaro”, *Tr'oxdyo* “perro blanco”, *Ngañ'yuxur* “donde sacaron muchos gusanos (escamoles⁴)”, *Ngumidyor* “madriguera de coyote” y *Mbondyo* “perro negro”. Salvo (1), los topónimos carecen de una partícula locativa, pues dada la inherente relación con el espacio al que nombran, de forma práctica se economiza el lenguaje y no es necesaria, se sobre entiende que es “el lugar donde hay...”

(1) ngumu + me + midyo

⁴ Se trata de huevos de hormigas, las cuales son la materia prima para uno de los platillos más típicos y exóticos de México: los escamoles.

CASA LOC COYOTE

Geomorfotopónimos

Son 22 los nombres relacionados con el relieve y, aunque podrían clasificarse de forma más específica como hidrónimos, orónimos, etc., pero es suficiente con conocer la relación ecológica con el entorno, lo que le permite al mazahua del barrio de Tlalpujahuilla trazar un mapa en la mente para ubicarse en el terreno a partir de los rasgos sobresalientes de cada espacio. La geomorfología se refleja en ciertos nombres como *Tonkjur* “cúspide”, *Mbakotr'ur* “barranca roja”, *Ts'idye* “la cuevita”, *ts'ib'atrjur* “llanito”, *Ts'iserrito* “cerrito”, *Mbarojo* “tierra roja”, *Tsi'lojma* “lomita”, *Nrarojo* “piedra grande”, *Mbaxkarojo* “laja”, *Xore* “charco”, *Chi'i* “hoya”, *Ts'imeje* “pocito”, *Ts'ijñi* “caminito”, *K'otr'ur* “barranca”.

Algunos rasgos han desaparecido en la actualidad, pero más allá de eso, nos damos cuenta de la accidentada geografía del barrio. Muchos de estos lugares ahora están habitados y se les sigue usando para referirse a la ubicación de los moradores de estos parajes.

Fitotopónimos

La mayor parte de los topónimos tienen que ver con la vegetación (26 nombres), lo cual también permite conocer la biodiversidad de la zona. Entre los nombres se observa que, al igual que con los zootopónimos, prescinden de un elemento clasificador, aunque en las entrevistas y en la traducción, puede intuirse la presencia de “donde hay” o “donde abunda”. Algunos ejemplos son:

Los que se refieren a la diversidad forestal: *Taxiza*, “encino grande”, *Ts'inxiza* “encino pequeño”, *Taxiwatrji* “ocote grande” *Mboxizá* “muchos encinos”, *Tantrjoxur* “madroño grande”, *Tanraxinza* “encinos grandes y gruesos”, *Trjonxur* “madroño” o *Ngiw'e* “Tepozán”

Los que dan cuenta de la variedad frutal de la zona. *Ch'imbu'ixi* “muchas manzanita”, *Pedyi* “tejocote”, *Xisapedyi* “por encima de los tejocotes”, *Ixi* “manzana”, *Morese* “capulín chueco”, *Nranpedyi* “tejocote grande”

Los que describen la vegetación menor relativa a arbustos o hierbas: *Mbonrab'axur* “mucho arbusto de escoba”, *Nradyecha* “jaras gruesas”, *Konza* “palo resbaloso”, *Nredyee* “flor de jara”, *B'orajnar* “flor negra” y *Ximpjidy* “hierba amarga”.

Los que se refieren a otros cultivos: *Mbow'arur* “muchos magueyes”, *Ixkijmi* “xoconostle⁵” o *Nraxidye* “caña seca de maíz”.

Procesos históricos.

La comunidad de Santa Ana fue fundada aproximadamente en 1930, sin embargo, en la época revolucionaria (de 1910 a 1930) hubo unas construcciones que significaban límites entre las grandes haciendas, las cuales fueron expropiadas por el gobierno para repartirlas a los campesinos. No obstante, algunas reminiscencias de este pasado se ven en nombres como *Tabajma* “Predio grande”, *Ngoror* “Torre”, *Kjama era* “La Era”, *Ñad'ur* “Camino real”, *Kjama mo'o* “Baldío”, *D'atsi'k'osur* “Cerca de piedra”, *Nrungum'ur* “Pared” o *Ngronsi* “Cruz”, todos ellos referentes a construcciones o actividades agrícolas.

⁵ Fruto del nopal, frutilla de sabor ácido que se cocina, por lo general, en escabeche.

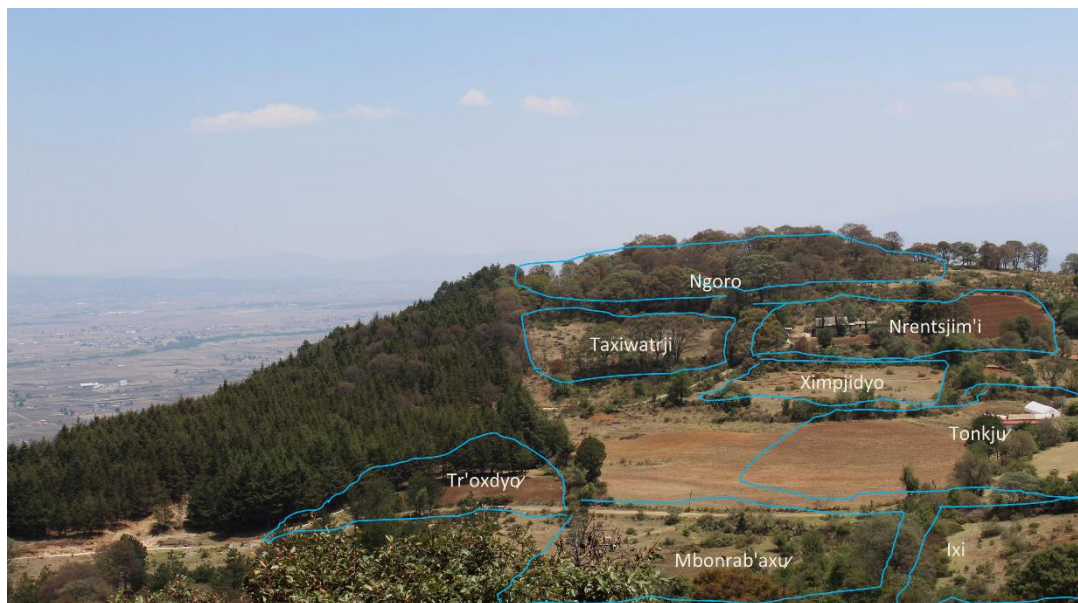


Fig. 2. Algunos topónimos mazahuas delimitados en registros visuales (Foto: Lorena González Pablo, 2017).

Una vez recopilada la lista de topónimos, estos se colocaron sobre un mapa satelital, el cual es parte de un proyecto de investigación más amplio que pretende documentar la diversidad biológica de Santa Ana. A partir de fotografías tomadas desde las partes altas, se le pidió a los entrevistados que ayudaran a ubicar los parajes como se aprecia en la figura 2, con el fin de conocer cuánto de lo que revela el nombre, aún es parte del espacio nombrado.

Consideración final

Este es un breve intento de interpretar el pensamiento del pueblo mazahua del Barrio de Tlalpujahuilla. Un intento por conocer su relación con el entorno. Lo que se aprecia en primera instancia es la ausencia de posesividad en el acto de nombrar. Reitero que, a diferencia de la visión occidental de “tomar posesión de un lugar en nombre de...”, la visión del pueblo mazahua es la de trazar un lienzo del paisaje. El carácter descriptivo de estos nombres semeja un bordado colorido cuyos límites no se marcan con líneas sino con los bordes de los colores. Esta es una aproximación a la mente mazahua que se mueve entre vegetación y flores. Reconoce que la tierra no se posee, que estamos sobre ella, que

vivimos de ella y que algún día retornaremos a su vientre para que nuestros cuerpos nutran de nuevo los colores del paisaje.

Recebido em 03/03/2022

Aceito em 13/04/2022

Publicado em 30/04/2022

Referencias

Aedo, S. y Farías, M. (2009). “Etnofaulismos, coprolalia, representaciones y estrategias discriminatorias: el caso del discurso chileno antiperuano”. *Discurso & Sociedad* 3(3), 372-396. <http://www.dissoc.org/ediciones/v03n03/DS3%283%29Aedo&Farias.pdf>

Almaguer Cervantes, B. I. (2009). *Topónimos de origen náhuatl en el Distrito Federal. El descubrimiento de nuestro legado léxico*. Tesis de licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México. <http://132.248.9.195/ptd2009/octubre/0650973/Index.html>

Anaya Monroy, F. (1960) “Presencia espiritual de cultura náhuatl de la toponimia” en *Estudios de cultura náhuatl, volumen 2*, 7-25. <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn02/012.pdf>

Anaya Monroy, F. (1963) *La toponimia indígena en la historia y la cultura de Tlaxcala*. Tesis. UNAM.

Baena Paz, G. M. E. (2017). *Metodología de la investigación (3a. ed.)*. Editorial Patria

Beam de Azcona, R. G. (s/f) “Southern Zapotec Toponyms.” En *California: NALC*, UC DAVIS.

Brambila Paz, R. (2001) “Jilotepec: a place name with a double territory meaning”. *Dimensión Antropológica*, 22, 35-59.

Casad, E. H. (1989) “Topónimos coras” *Tlalocan*, 11, pp. 101-128. DOI: <http://dx.doi.org/10.19130/iifl.tlalocan.1989.119>

Castillo, K. y Olivares, L. (2018). *Análisis de la composición morfológica en los hodónimos de la lengua náhuatl de Cuentepec, Temixco, estado de Morelos*. Tesis de licenciatura. Universidad Intercultural de México.

Dick, M. V. P. A. (1990). *A motivação toponímica e a realidade brasileira*. Edições Arquivo do Estado.

Garduño Flores, C. (2018). *Análisis de la relación topónimo-medio ambiente en los espacios de pueblo nuevo Acambay. Propuesta tipológica*. Tesis de licenciatura. Universidad Intercultural del Estado de México

González, M. y Anguiano, M. (1989). “Toponimia huichol”. *Tlalocan*, 11, 129-148.
<http://dx.doi.org/10.19130/iifl.tlalocan.1989.120>

International Council of Onomastic Sciences (2020). Terminology. Disponible en <https://icosweb.net/publications/onomastic-terminology/>

Knapp Ring, M. (2010). “Calcos toponímicos en náhuatl, otomí y mazahua” en Barriga Villanueva Rebeca y Ester Herrera (Eds.) *Lenguas estructuras y hablantes. Estudios en homenaje en Thomas C. Smith Stark. Volumen 1*. El Colegio de México, pp. 191-217.

Lastra García Y. (2008). “Topónimos otomíes”. En *Estudios de cultura otomame*, vol., 6 no. 1, 2081-3014

López González, Y. y Romero Hernández, A. (2019). “Procesos fonológicos y morfológicos en los préstamos del español al mazahua” en I. Pedraza Durán y M. Reyes Contreras (Eds.) *Estudios de las lenguas y culturas: Procesos epistemológicos de los pueblos originarios Tomo 1*. Universidad Intercultural del Estado de México-Gobierno del Estado de México, 41-61.

López Roque, G. y Van't Hooft, A. (2018). “Toponimia narrativa oral y etnoterritorialidad en una comunidad náhuatl de la Huasteca Potosina” en Edgar Adrián Moreno Pineda y Marcos Ramírez Hernández (coords.) *Lenguas minorizadas: documentación, revitalización y políticas lingüísticas*. Gobierno de Chihuahua, 97-134.

Martínez Molina, L. (2018). *Rescate y análisis morfológico de los topónimos en la lengua matlatzinca de San Francisco Oxtotilpan (Bot'umaani), Temascaltepec Estado de México*. Tesis de licenciatura. Universidad Intercultural del Estado de México.

Moreno Pineda, E. A. (2018). "Toponimia den Ralámuli (tarahumara) de la región de Munérachi" Edgar Adrián Moreno Pineda y Marcos Ramírez Hernández (coords.) *Lenguas minorizadas: documentación, revitalización y políticas lingüísticas*. Gobierno de Chihuahua, 75-96.

Muntzel Lucy, M. C. (2009). "Toponimia tlahuica (Ocuilteco) de acuerdo con los tipos principales de Joseph Raymond". En Cuevas Suárez, Susana (coord.) *La lengua y la antropología para un conocimiento global del hombre. Homenaje a Leonardo Manrique*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 191-196.

Ndlovu, S. (2013). "Historicity of Some Ndebele Toponyms in Zimbabwe". *Greener Journal of Social Sciences*, 3(5), 292-298. DOI:10.15580/GJSS.2013.5.032113538

Ndlovu, S. (2017). "Transphonologisation as ethnophaulism between the Ndebele and the Shona of Zimbabwe in selected toponyms and ethnonyms". *Nomina Africana*, 31(2), pp. 117–125. <https://doi.org/10.2989/NA.2017.31.2.2.1313>

Pearce, T. M. (1951). "Some Indian place names of New México" en *Western Folklore*, 10 (3), 245-247.

Peplinski, L. (2014) "Accommodating the Inuit majority: Traditional placenames in Nunavut today". En I. D. Clark, L. Hercus, & L.

Kostanski (eds.), *Indigenous and Minority Placenames. Australian and International Perspectives*, 365-380. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt13www5z.23>

Rivera Sánchez, L. (2020) *Toponimia de San Agustín Mextepec, San Felipe del Progreso*. Tesis de licenciatura. Universidad Intercultural del Estado de México.

Ruttenber, E. M. (1906). *Indian Geographical Names in the valley of Hudson's River, the valley of the Mohawk, and on the Delaware: their location and the probable meaning of some of them*. New York State Historical Association.

Stewart, G. R. (1945). *Names on the land*. Random House.

Stewart, G. R. (1975). *Names on the globe*. Oxford University Press

Tent, J. (2017). "Indigenous toponyms in the Antipodes: A Gazetteer-Based study".

Names, 65: 4, 204-214

Tent, J. (2018). "Indigenous toponymy, part 1" en *Place names Australia*, 1-8.

Vázquez Miranda, J. (2016). *Toponimia hñõñho de San Ildefonso Tultepec, Amealco, Querétaro*. Tesis de maestría. Universidad Autónoma de Querétaro.

Informantes:

(1) Antonia Piña

(2) Guadalupe Contreras

(3) Martina Canuto

(4) Vicenta García

(5) Arnulfo Contreras

(6) Rosalío Sánchez